

ATENCIÓN DE ESTA PERSONA

Inaxio, una historia 'made in Urola'

La biografía del industrial refleja la evolución de medio siglo del País Vasco: del caserío a una empresa con 300 empleados. Fue un hombre hecho a sí mismo asesinado cerca de su casa

MITXEL EZQUAGA | SAN SEBASTIÁN

DV. El día que le iban a matar Inaxio Uribe se levantó temprano, como siempre, se sentó en su Volkswagen Tuareg, un todoterreno potente que lo mismo le servía para llegar a las obras como para ir a cazar, y empezó su ritual de visitas a los trabajos en marcha de su empresa familiar, Altuna y Uribe.

A las nueve y media de la mañana llegó a las obras de reconstrucción del complejo deportivo de Etxadi, en el barrio donostiarra de Aiete. Quienes le acompañaron ese día le recuerdan como siempre: afable y hablador, preocupado por los detalles, quisquilloso en vigilar que todo iba a su ritmo. Hasta comentó que este fin de semana pensaba escaparse a la costa alicantina con su esposa, Manoli, «para cambiar un poco de aires en este invierno tan jodido». A sus 71 años estaba «medio jubilado» y podía darse el lujo de faltar unos días. Su mujer le había propuesto partir el lunes pasado, pero él prefirió dejarlo para el viernes, con el inicio del puente. «Así era *Gorriyex*», resume uno de sus amigos, que explica el apelativo por las mejillas coloradas que desde pequeño marcaban su rostro.

El triángulo de Loiola

Tras la visita a Etxadi regresó a su «santuario de Loiola». La empresa fundada en los años 50 por su padre creció con obras en marcha en Burgos, Francia o todo el País Vasco, pero la vida cotidiana de Inaxio se concentraba en un triángulo de apenas dos kilómetros cuadrados: las oficinas de la empresa junto al Urola, las mesas del restaurante Kiruri y el bar Uranga, la basílica de Loyola, por cuyos jardines paseaba y en cuyo coro cantaba, y su casa, levantada junto al caserío familiar de Azkune. Donde estaba el viejo caserío habita ahora su hermano Imanol. Buena parte del resto de la familia, incluido Inaxio, vive en el bloque de viviendas vecino.

El día que le iban a matar, como siempre, Inaxio Uribe comió en casa temprano y a la una menos cuarto del mediodía dejó el coche mal aparcado, también como casi siempre, a las puertas del Kiruri, para echar la obligada partida. A veces era al tute, en ocasiones al mus, siempre con café y frecuentemente bajo el humo de un puro. Los testigos de aquellas partidas cuentan que «sólo se jugaban cuándo pagaba el café, pero gritaban y se acaloraban como si se estuvieran apostando la casa».

Cuando Uribe estaba a unos pasos de franquear la puerta del Kiruri un etarra le disparó dos tiros. Inaxio se desplomó en el suelo ante el desconcierto, primero, y el horror, después, de los amigos que entraban al bar un par de pasos por delante. El resto es conocido: durante una hora los servicios médicos trataron de reanimar su vida mientras sus allegados impedían con una lona que el aguacero mojara esa lucha contra la muerte. «Esa imagen terrible me recordó, no sé por qué, el paraguas de López de la Calle abandonado junto a su cadáver», dice con lágrimas un político de la zona.

Con Inaxio aún en el suelo empezaron a circular las noticias. Ramón Etxezarreta, ex edil de Azpeitia y concejal socialista durante años en San Sebastián, telefoneó a José María Bastida, alcalde azpeitiarra durante varias legislaturas. «Me dijo que habían matado a uno de los hermanos Uribe en la puerta del Kiruri. Miré el reloj y supe al momento que se trataba de Inaxio: era la hora del mus», explica Bastida. El ex alcalde se encontraba a seiscientos kilómetros de su pueblo «pero el dolor y la rabia por la deriva de este país me atenazaron como si hubiera estado en el lugar del crimen».

Bastida es un privilegiado cronista de la vida de Inaxio Uribe. «Él era mayor que yo, pero fuimos vecinos desde siempre. Su padre Alejandro era el clásico casero de nuestra zona pero con ganas de crecer, con un espíritu emprendedor que contagió a toda la familia. A mediados de los 60 creó la empresa para construir casas. Tuvo cinco hijos, y los tres varones, Imanol, Joxe Mari e Inaxio, se hicieron cargo de la empresa que creció y creció, se metió en obras públicas y se convirtió en una firma con más de 300 empleados».

Cuando Bastida ya fue elegido alcalde le tocó trabajar con Inaxio. «Era un hombre con un corazón enorme, a veces de muy 'mala leche' en las formas pero bueno en el fondo. Hablador, divertido y sobre todo trabajador, podías discutir a muerte con él acerca de una obra y a los cinco minutos compartir un vino amistosamente». En esa empresa familiar a Inaxio le tocó el papel de pisar a veces ministerios en la puja por conseguir obras pero sobre todo el cometido de estar a pie de zanja.

Y también le tocó vivir pronto los embates de la violencia. «A mediados de los 80 hubo mucha polémica en Azpeitia con la construcción del vertedero controlado de Lapatz, que había sido adjudicada a Altuna y Uribe», recuerda Bastida. «Los supuestos ecologistas decían que iba contra el medio ambiente, hubo atentados contra las máquinas de la empresa y a mí me quemaron un 31 de diciembre un coche recién comprado», continúa Bastida. «Pero a los Uribe, que eran duros como rocas, no les tembló el pulso. Hoy ese vertedero es el único de Europa con un ISO de calidad», agrega el ex alcalde.

Años después Bastida vivió otra anécdota que retrata bien a Inaxio. «El país estaba paralizado por una huelga de transporte pero en Bilbao se celebraba la feria de la máquina herramienta, vital para muchas pequeñas empresas de Azpeitia. Traté de negociar con los huelguistas pero no hubo arreglo. Llamé a Inaxio y no tuve ni que decirle para qué: puso sus camiones y así se llevó todo a Bilbao con la protección de la Ertzaintza».

A pie de obra

Duro, trabajador y bueno. «Era el típico empresario del Urola, gente que se hizo a sí misma a base de estar al pie del cañón. Estos no son los empresarios del pelotazo, no llevan corbata y sí el buzo. Hicieron dinero pero no para irse a Marbella: para ellos el lujo se traduce en un buen coche y un buen Armagnac en lugar del coñac corriente», agrega un azpeitiarra que conoce bien a los Uribe.

Así que cuando Altuna y Uribe se adjudicó uno de los tramos de la 'Y' ferroviaria vasca y comenzaron los ataques contra sus máquinas «pensaron que se trataba de calarse el casco y aguantar», dice otro empresario del Urola. «Lo que ni siquiera podía pasar por su cabeza, como por la de ninguno, es que hubiera un cabrón capaz de decidir un asesinato así. Es terrible pensar que ha sido uno del pueblo quien dio el chivatazo».

Y es que no había objetivo más fácil que un empresario como Inaxio, sin escolta y fiel a sus rutinas. Sólo salía del pueblo para cazar (muchas veces por la zona de Burgos), ir de vacaciones con su esposa Manoli («la mimaba como el primer día») o viajes de trabajo. Como el que vivió en Estocolmo, a mediados de los 90, con el equipo encargado de construir el Kursaal. Altuna y Uribe, Amenabar y Dragados y Construcciones formaron la UTE que acometió la construcción de la gran obra de Moneo, y en una ocasión viajaron a Suecia para conocer los secretos del museo levantado ahí por el arquitecto navarro. Sus compañeros de expedición recuerdan hoy con sonrisas «la marcha de Inaxio, que hablaba a las camareras en euskera y nos llevaba a todos medio metro detrás».

Estos días Azpeitia es un plato de televisión con enviados especiales que hilvanan lugares comunes sobre la tragedia vasca. Pero más allá de los tópicos hay miedo. Lo admite Asier Aranbarri, alcalde peneuvista de la vecina Azkoitia, que estudió en Vitoria con dos de los cinco hijos de Inaxio. «El propio Inaxio venía aquí estas tardes para supervisar la construcción de los frontones de Oteiza y las nuevas piscinas», añade Aranbarri.

Azpeitia tiene 14.000 habitantes y Azkoitia 11.000. «Pese a la rivalidad somos dos pueblos unidos en lo bueno y en lo malo», resume el alcalde. Confía en que «el espíritu del Urola», ese que hizo de este valle una pujante comarca, sea más fuerte que la violencia. Pero cuando termine el puente Inaxio no volverá a salir de casa a las siete media de la mañana para ir de obra en obra en su Tuareg. Algunas historias *made in Urola* terminan por ahora mal. mezquaga



Uribe, a la izquierda, en una obra de teatro de la sociedad Loiolaete en los 60.



@diariavasco.com